

EL NIÑO MAL RECIBIDO Y LA MADRE. MECANISMOS DE INTROYECCIÓN E INCORPORACIÓN¹.



Gianni Guasto (2*)

A partir de los artículos *La adaptación de la familia al niño* (1927) y *El niño mal recibido y su impulso de muerte* (1929), Sandor Ferenczi ha revolucionado el pensamiento psicoanalítico aportando una extraordinaria fecundidad. Al enfocar su atención en la calidad del recibimiento que el ambiente materno y en general familiar ofrece al recién nacido, Ferenczi ubica el origen del conflicto dentro de la relación niño-ambiente (refiriéndose especialmente al peculiar “ambiente” constituido por la mente materna), en lugar de localizarlo en la singularidad del individuo como indicaban los estudios freudianos, aun parcialmente condicionados y vinculados a la tradición constitucionalista.

A partir de entonces, el objeto privilegiado de la investigación clínica ha pasado a ser la relación del paciente con el ambiente que lo acogió al nacer, relación posteriormente interiorizada por él.

Trabajando desde hace muchos años en el sector de la psiquiatría infanto-juvenil, estoy convencido de que cuando se acepta a un nuevo paciente en psicoterapia, antes de pasar a la tarea clínica habría que efectuar siempre una profunda investigación anamnésica junto con los padres a fin de explorar el ambiente emotivo en el que se desarrolló el niño. Esto ofrecería una visión más clara del tipo de relación primaria y, por ende, del grado de acogida o de rechazo que el niño tuvo que introyectar junto a las figuras parentales. Esta reflexión se basa también en las enseñanzas de Paula Heimann, según quien “no deberíamos invocar los factores constitucionales antes de evaluar atentamente las experiencias del niño en su propio ambiente”. (1965, pág. 281)

Naturalmente, para hacerlo es necesario comenzar por el momento mismo de la constitución de la pareja, pasando por la experiencia emotiva de la concepción, que a menudo provoca gran ansiedad y ambivalencia, o incluso rechazo y profunda angustia. Por lo tanto debemos ocuparnos de la historia del niño incluso antes de su concepción, es decir de la idea que tenían los padres acerca del futuro niño.

Cuando el niño no es bienvenido en su familia de origen sucede algo sumamente dramático: como “el bebé, contrariamente al adulto, está mucho más cerca del no-ser individual, del que no ha sido alejado aún por la experiencia de la vida, para los niños caminar hacia ese no-ser resultaría mucho más fácil” que aceptar el hecho de no ser deseado. En efecto,

“la *fuerza vital* que resiste a las dificultades de la vida no es aún muy fuerte en el momento del nacimiento; aparentemente sólo se refuerza tras la inmunización progresiva contra los atentados físicos y psíquicos, mediante un tratamiento y una educación llevadas con tacto” (Ferenczi 1929, vol. IV, pág. 48).

1.- Traducción al castellano de Adriana Marcela Bruno.

2.- (*) Gianni Guasto, M.D., medico psiquiatra y psicoterapeuta de formación psicoanalítica. Trabaja desde hace 25 años en un servicio público de Psiquiatría y Psicoterapia de niños y adolescentes, y ejerce psicoanálisis en el ámbito privado. Es miembro del Comité Directivo de la Asociación Cultural Sandor Ferenczi. Es socio ordinario de OPIPER (Organizzazione di Psicoanalisti Italiani – Federazione e Registro).

Por lo tanto, el niño mal recibido se encuentra ante un vacío que no puede afrontar ni reconocer, porque evoca el peligro de una extremada regresión a la muerte. Frente a la experiencia de frialdad, distancia u hostilidad de los padres, el niño está obligado a recurrir a potentes mecanismos de negación destinados a la idealización, para lograr una representación parental que mejore a los padres que tiene efectivamente; sin embargo, como dicha negación es desmentida constantemente por la experiencia, el niño elige recurrir a la autculpabilización, que equivale a la introyección del rechazo materno.

No podemos hablar de las vicisitudes del niño mal acogido así como del que es víctima de la “confusión de lenguas”, sin hacer referencia a los procesos introyectivos consiguientes al impacto con la indiferencia, con la ausencia materna o con el evento traumático intrusivo, despojador de vitalidad (Borgogno, 1999).

El tema de la introyección es sumamente importante en el desarrollo del pensamiento ferenciano, ya desde sus orígenes. Se remonta a 1909 la publicación del trabajo “Introyección y Transferencia”, donde el autor describe la expansión del yo mediante la inclusión de partes que le son originariamente ajenas.

Según Ferenczi, la introyección es la respuesta del neurótico a la necesidad de atenuar la angustia fluctuante producto de la remoción, “incluyendo en la esfera de intereses la mayor parte posible del mundo exterior, para hacerla objeto de fantasías inconscientes” (Ferenczi, 1909).

De todos modos, el tema de la introyección siguió presente a lo largo de todo el desarrollo del pensamiento ferenciano, sobre todo con continuas referencias² a los procesos de “identificación” o, mejor dicho, de “introyección del agresor”.

Para no caer en el riesgo de confundir los términos, cabe recordar esta distinción entre los conceptos de “identificación” e “introyección” propuesta magistralmente por Nicholas Abraham: “El resultado de la introyección es una relación con un objeto interno, mientras que el resultado de la identificación es una designación del lugar donde el sujeto momentáneamente ha elegido establecerse.”³. Por esta razón, así como para distinguir el concepto ferenciano del homónimo descrito en 1936 por Anna Freud, en mérito al descubrimiento de Ferenczi es más útil hablar de “introyección del agresor”, si bien, como nos explica Maria Torok, las correcciones terminológicas no están destinadas a terminar aquí.

En su libro *Confusión de lenguas entre los adultos y los niños. El lenguaje de la ternura y el lenguaje de la pasión* (1932), Ferenczi escribe:

[al ser agredidos] “Los niños se sienten física y moralmente indefensos, (...) cuando este temor alcanza su punto culminante, los obliga a someterse automáticamente a la voluntad del agresor, a adivinar su menor deseo, a obedecer olvidándose totalmente de sí e identificándose por completo con el agresor. Por identificación, digamos que por introyección del agresor, éste desaparece en cuanto realidad exterior, y de extrapsíquico se hace intrapsíquico.” (Ferenczi 1932a).

La identificación con el agresor es, por tanto, una forma de introyección patológica objeto de estudio de numerosos autores.

Entre ellos cabe mencionar a Paula Heimann (1939, 1948, 1965) si bien, como nos recuerda Franco Borgogno (1992, 1999), para hacerlo hay que considerar toda la evolución de su pensamiento. De las posturas iniciales estrictamente kleinianas, Heimann llega a considerar en la madurez de su carrera la dimensión relacional del proceso de internalización del objeto:

“Presto -escribe- más atención en identificar la existencia de objetos internos malos que puedan remontarse a graves desviaciones de los cuidados maternos durante toda la infancia, comenzando desde la fase más temprana (...) Por una serie de factores (en algunos casos existe una psicopatología de toda la familia), la madre no logró amar a su hijo y éste, no deseado desde el inicio, ha continuado a ser no deseado. (...) Sostengo que, en primer lugar, los objetos malos no son producto de una *introyección*

3.- “Le crime de l’introyection”, en *L’ecorce et le noyau* (pág. 132 ed. ital.).

*activa*⁴ por parte del lactante, sino de intrusiones sufridas pasivamente como consecuencia de una madre incapaz de amar a partir de la fase indiferenciada, cuando el niño se encuentra en una condición de suma impotencia”.

Por tanto, el objeto sólo puede ser introyectado como un cuerpo extraño, como “un fragmento de la mente del objeto que llega a instalarse dentro de la mente de la víctima, de un modo tal, que es inasimilable” (Bonomi y Borgogno, 2006) y que puede ser, a lo sumo, “cambiado a través del uso de alucinaciones positivas o negativas” (Ferenczi, 1932 b, pág. 96).

El tema de la internalización fue tratado en numerosas obras de Nicholas Abraham y Maria Torok (1987).

Al respecto, Torok (1968) observa que el significado del término ha sufrido significativas distorsiones respecto de la definición originaria de Ferenczi, llegando a crearse mucha confusión.

En relación a las tres características del mecanismo definidas inicialmente por Ferenczi (extensión de los intereses autoeróticos, expansión del yo e inclusión del objeto en el yo), “los autores contemporáneos reducen el triple significado inicial a un aspecto superficial: tomar posesión del objeto mediante la *incorporación*”⁵. Por esta razón, según la autora, con el tiempo los términos de introyección e incorporación se han convertido en “falsos sinónimos”.

“Similar, según Ferenczi, a la transferencia”, la introyección “consiste en el proceso de inclusión del Inconsciente en el Yo”, y por lo tanto no es compatible con la pérdida del Objeto, a la que podría asociarse impropriamente: “la pérdida del objeto sólo puede interrumpir este proceso. La finalidad de la introyección no es la compensación, sino el crecimiento: la misma trata de introducir en el Yo, ampliándolo y enriqueciéndolo, la libido inconsciente anónima o reprimida. Así, no es el objeto lo que se trata de introyectar”, como suele afirmarse de manera demasiado superficial, “sino el conjunto de pulsiones y sus vicisitudes, de las cuales el objeto es la causa y el mediador.”

Según Torok, la mayor parte de las características atribuidas erróneamente a la introyección, es válida en cambio para la incorporación: “es precisamente este mecanismo el que, para activarse, presupone la pérdida de un objeto; (...) para compensar el placer perdido y la falta de introyección, el objeto prohibido se instala en el interior del sujeto. Ésta es la incorporación propiamente dicha. La misma (...) siempre se distinguirá de la introyección –que es un proceso progresivo- por su carácter instantáneo y mágico (...) que se impone mediante procesos similares a la realización alucinatoria.” Además, “mientras la introyección de las pulsiones pone fin a la dependencia del objeto, la incorporación del objeto crea y afianza un vínculo con la imagen”. Para Torok, el objeto incorporado evocará siempre algo perdido: un “monumento conmemorativo”, como destacan Bonomi y Borgogno (2006) “de la fractura simbólica del sujeto”.

VIVENCIAR LA MADRE EN FORMA TRAUMÁTICA

Edoardo es un estudiante universitario de 22 años que sufre de intensos ataques de pánico y está siguiendo una psicoterapia dolorosa y fragmentaria a raíz de su dificultad de acudir a las sesiones con regularidad. Sin embargo, a pesar de la suma discontinuidad de nuestra labor que en otros casos podría considerarse próxima a la interrupción definitiva, el joven demuestra mucho interés y trata de compensar sus ausencias contactándose de muchas maneras, especialmente con mensajes de SMS y correo electrónico. En realidad, Edoardo no frecuenta las sesiones porque sabe que no cuenta con la aprobación de sus padres.

Durante la única conversación que tuve con la madre (el padre había rechazado la invitación destinada a ambos), la mujer comenzó diciendo que ella “no aceptaba” que su hijo estuviera así. Quizás porque ella, licenciada en matemática, solía pensar que las cosas debieran ser claras y racionales. Es decir que no admitía las incongruencias, no las consideraba auténticas. “Lo de mi hijo –dice- me parece una tontería, porque un muchacho listo debería arreglárselas solo. Si está enfermo tiene que curarse con medicamentos;

4.- Original en escritura itálica.

5.- Original en escritura itálica.

de lo contrario, en lugar de recurrir a uno como usted, sería mejor que se dirigiera a un cura”.

Luego me entero por la madre de que ella misma había sufrido de trastornos alimentarios y que el embarazo de Edoardo había terminado con una cesárea al séptimo mes porque “el bebé no crecía”. La mujer se preocupaba por no engordar y sobre todo temía ver cómo crecía su vientre, entonces, gracias a una dieta estricta, había “logrado no aumentar ni siquiera cien gramos”.

Un día Edoardo, tras haberme contado con mucha angustia que había sentido el impulso de gritar a sus padres “los mato”, evoca este recuerdo: cuando él era muy pequeño, su madre sufría al improviso de crisis violentísimas, en las que se arrancaba el cabello y, dirigiéndose a él y a su hermana, gritaba las mismas palabras: “los mato”. A esto añade, sin lograr ocultar su vergüenza, que en ese entonces él trataba de imitar ante el espejo las crisis de su madre.

Lo que más lo turbaba al respecto era la repentinidad de los cambios de humor de la mujer, que pasaba de una afectividad normal a esos arrebatos tan violentos y aterradores que provocaban en él una desorientación aniquiladora, porque no lograba conciliar las imágenes tan diferentes que la madre daba de sí de un momento a otro.

En base a estos factores y a la consideración de que la madre aún hoy tiende a rechazar (o mejor dicho a pretender que no exista) cualquier expresión del hijo que le resulte desagradable o ansiógena, es posible suponer que, mucho antes de estos hechos, el diálogo preverbal entre la madre y el recién nacido también haya estado minado de acontecimientos espantosos.

La respuesta de Edoardo a dichos acontecimientos (mirarse al espejo imitando las expresiones faciales de la madre) nos conduce al concepto de “reflexión” propuesto por Winnicott en 1967 al comentar el artículo de Lacan (1949) sobre la “fase del espejo”. En efecto, Lacan sostiene que cuando el niño se reconoce por primera vez en un espejo, su yo en formación comienza una relación imaginaria con sí mismo que le brinda unidad. Winnicott comparte esta idea, pero aporta una modificación sustancial al afirmar que en dicho proceso el espejo está constituido por el rostro de la madre.

De esa forma, según Bonomi y Borgogno (2006, pág. 30), “el niño conoce sus propios estados internos pasando a través de la mente del otro”, pero

“también puede suceder que los estados internos de los padres resulten tan angustiantes que llegan a provocar un auténtico *miedo a la mente*, interfiriendo gravemente en el desarrollo natural de las funciones y estructuras simbólicas y desencadenando por lo general una mezcla de ceguera e hipersensibilidad respecto de los estados mentales propios y ajenos” (pág. 31, escritura itálica de los autores).

Para afrontar el “miedo a la mente” materna, Edoardo necesita volver al espejo real para explorar las emociones de su madre y lograr diferenciarlas de las suyas.

De ese modo él estudia el rostro de la madre tratando de controlarlo desde el interior, con la esperanza de detener la corriente de proyecciones hostiles y dominantes que han confundido y alterado aún más la percepción que tiene de sí mismo.

Para el paciente, “ser” su propia madre es fundamental para dejar de tenerle miedo y para poder distinguir, en el rostro de ella, también a sí mismo. El resultado no es sólo el de “entrar en su madre”, sino también el de acogerla en su interior, gracias a un mecanismo de incorporación que se va haciendo evidente y es percibido claramente por el paciente, quien comienza a temer por su propia identidad sexual y a notarse características somáticas femeninas totalmente inexistentes, así como a “ver”, en modo prácticamente alucinatorio, a su madre proyectada en cada mujer que encuentra (sobre todo durante las relaciones sexuales con su novia, que por tanto son sumamente defraudadoras).

Asimismo, Edoardo tiene a menudo la impresión de pensar como su madre, de moverse como ella, repitiendo sus gestos y modos de actuar. No se trata de ideas delirantes, sino de pensamientos parásitos, molestos, difíciles de soportar.

Ante esta inclusión de la madre como cuerpo extraño dotado de características persecutorias, se hacen evidentes tanto la necesidad de Edoardo de evacuar “algo” que tendría que ser acogido, como el consiguiente rechazo de los padres de aceptar tales “productos” manifestados durante las crisis de angustia.

Es terrorífico pensar que la madre de Edoardo haya podido reaccionar con similar idiosincrasia ante las manifestaciones del bebé durante el período de la lactación, pero es absolutamente probable que haya sido así. Esto nos brinda buenos fundamentos para suponer que la función de espejo haya sido afectada por tal experiencia traumática ya desde la relación preverbal.

Probablemente ésta es la razón por la que el joven ha comenzado a manifestar varias veces el deseo totalmente espontáneo de recostarse en el diván “para evitar la mirada” del psicoterapeuta. El pedido de recostarse “en caso necesario” se manifestaba cuando el paciente estaba muy angustiado. Apenas concedido, el cambio de postura surtió un inmediato efecto tranquilizante. Los posteriores comentarios sobre los momentos “post-sesión” fueron menos caracterizados por el brusco cambio de estado que el paciente describía en las pasadas ocasiones, cuando comparaba el bienestar que sentía durante la sesión con la angustia que lo asaltaba al volver a casa.

En tales circunstancias, además del evidente sentimiento de culpa⁶ por haber hecho algo que los padres no habrían aprobado, también era clara la urgencia de reincorporar, durante el trayecto de regreso a su hogar, el material recién “externado” por temor a la explosión que habría podido provocar el contacto entre dicho material asociativo y el ambiente familiar.

No obstante el ritmo lento y fragmentario de las sesiones, Edoardo logra evocar sensaciones somáticas de congelamiento durante la preadolescencia, cuando la madre, casi todas las noches, iba a su cama para abrazarlo de manera embarazosa, excitante y persecutoria. Edoardo conserva aún el recuerdo de haber visto o intuido que la madre no llevaba ropa íntima bajo el camión; tenía que reprimir violentamente su excitación y quedaba aterrorizado ante la idea de tener una erección. Sus recuerdos están siempre mezclados con la duda de que “haya podido pasar algo más, sobre todo cuando la madre le decía frases como: “sos el hombre de mi vida”, besándolo alrededor del ombligo y quizás (la pregunta surge y es continuamente rechazada) “¿también más abajo?”

Durante la labor terapéutica, la imagen materna se manifiesta como un objeto extraño incorporado, dotado de características constantes: a) no da tregua, excepto durante la sesión o en determinadas circunstancias; b) se presenta persecutoriamente en las relaciones amorosas bajo forma de angustia o deseo de fusión con la partner; c) se presenta en manera aún más intensamente persecutoria durante las relaciones sexuales, en las que la representación de un coito incestuoso puede llegar al límite de la “concreción” alucinatoria; d) se presenta al mirar su propia imagen en el espejo, por lo que el paciente siente la angustia de notarse características sexuales y rasgos femeninos. Edoardo mantiene además un extraordinario poder de seducción, como lo demuestra el hecho de recurrir frecuentemente a formas de masturbación durante conexiones en video-chat con chicas consencientes y desconocidas, momentos en los que Edoardo siente inquietud y atracción al ver en la pantalla la imagen de la chica superpuesta a la suya reflejada en el cristal.

CONSIDERACIONES FINALES

Deseo concluir este trabajo recordando los conceptos del Diario Clínico acerca de la introyección patológica, que a menudo puede llevar a un análisis conducido con insuficiente empatía por parte del analista, sobre todo cuando la sintonización con el paciente, “bebé sabio” (Ferenczi, 1923), entra en conflicto con obediencias escolares o grupales del mismo analista.

En esos casos, la incertidumbre inconfesable del paciente concierne su situación ante una pareja parental excluyente y sorda a sus pedidos de ayuda: la del analista con sus teorías de referencia, con la sociedad psicoanalítica de pertenencia, con su familia científica que el paciente envidia e idealiza.

6.- A causa del sentimiento de culpa Edoardo se recuesta muy raramente, no obstante reconozca que esa posición es mucho menos ansiógena que la del cara a cara.

Al inicio del Diario Clínico, Ferenczi escribe con evidente dolor que la “falta de atención [por parte del analista] o una atención no apropiada a las comunicaciones de los analizantes, plenas de sentimientos cuya expresión les presenta generalmente muchas dificultades, tiene por efecto que el paciente: 1) se sienta ofendido por la falta o la insuficiencia de interés; 2) como no quiere pensar mal de nosotros ni considerarnos desfavorablemente, busca la causa de esta no-reacción en sí mismo, es decir, en la cualidad de lo que nos ha comunicado; 3) finalmente, duda de la realidad del contenido [de las fantasías comunicadas antes] que estaba anteriormente tan próximo al sentimiento. Así el paciente “retroyecta”, podría decirse, introyecta la reprobación dirigida contra nosotros” (Ferenczi, 1932a, 7 enero, *La insensibilidad del analista*).

Un proceso absolutamente similar puede verse en el singular caso de malentendido ocurrido entre Karl Abraham y Freud en un famoso intercambio epistolar de marzo de 1922 (Freud-Ferenczi 1965, 408A, 409F), en el que Abraham se dirigía a Freud para solicitar su opinión acerca del descubrimiento de emociones comprendidas en el luto normal y semejantes a la manía (excitación sexual en pacientes afectados por un luto reciente). Sorprendentemente, Freud malinterpretó dos veces la solicitud y respondió otra cosa; entonces Abraham, que por otro lado había hecho un descubrimiento de una cierta importancia, interpretó la actitud como una subestimación de lo que él había intuido, dedicándole simplemente “una atención marginal en el decisivo artículo de 1924, sin deducir las consecuencias teóricas y clínicas que sin embargo implícitamente comporta” (Torok, 1968). Yo creo que no es casual que Maria Torok haya utilizado precisamente la evocación de este lejano episodio para introducir uno de los artículos más significativos de su investigación sobre la introyección patológica (incorporación); es como si hubiera querido recordarnos la urgencia de reflexionar, en particular, acerca de las consecuencias de la incorporación iatrogénica que se produce en nuestros análisis, tanto en las experiencias que hayamos podido vivir en calidad de terapeutas como de pacientes.

REFERENCIA

Sándor Ferenczi y el Psicoanálisis del Siglo XXI 1a ed. - Pedro Boschán (compilador) et al., Buenos Aires, Letra Viva, 2011 (ISBN 978-950-649-321-9) pp. 171-180

http://www.academia.edu/7443042/El_ni%C3%B1o_mal_recibido_y_la_madre._Mecanismos_de_introyecc%C3%B3n_e_incorporaci%C3%B3n

BIBLIOGRAFÍA

ABRAHAM N. & TOROK M. (1978) *L'écorce et le noyau*. Aubier-Flammarion, París.

BONOMI C. & BORGOGNO F. (2006) Il simbolo rotto: la paura della mente dell'altro nella storia simbolica dell'individuo, en: *Psicoterapia e Scienze Umane*, Franco Angeli Editore, Milan, año 2006, vol. XL, n. 1.

BORGOGNO F., (1999) Evoluzione della tecnica psicoanalitica: un omaggio a Paula Heimann. En: *Psicoanalisi come percorso*, Bollati Boringhieri, Turín.

FERENCZI S. (1909), Introjection and transference, en: *First Contributions of Psychoanalysis*, Karnac Books 1994

_____ (1923), The dream of the 'clever baby'. En: (1926, 1927, 1950, 1952, 1994) *Further Contributions to the Theory and Technique of Psychoanalysis*. Ed. By John Rickman, Hogarth Press, Londres; Karnac, Londres, pág. 349-350.

_____ (1923), The dream of the wise baby, en: *Selected Writings*. Edited with an introduction by Julia Borossa. Penguin Books, Londres, pág. 221 (1999).

_____ (1924), *Thalassa. A theory of genitality*, Karnac Books, Londres 1989.

_____ (1927), The adaptation of the family to the child, en: *Final Contributions to the Problems and method of Psycho-Analysis*, Karnac Books, Londres 1994.

_____ (1929), The unwelcome child and his death instinct, en *Final Contributions to the Problems and method of Psycho-Analysis*, Karnac Books, Londres 1994.

_____ (1932a), Confusion of tongues between the adults and the child, en: *Final Contributions to the Problems and method of Psycho-Analysis*, Karnac Books, Londres 1994.

- _____ [1932b] (1985), *Journal Clinique*, a cargo de J. Dupont, Payot, París.
- _____ (1920-1932), Notes and Fragments, en: *Final Contributions to the Problems and method of Psycho-Analysis*, Karnac Classics, Londres 1994.
- FREUD S., ABRAHAM K. (1965), *Correspondance Complète 1907-1925*, Gallimard, París 2006.
- HEIMANN P. (1939), A contribution to the problem of sublimation and its relation to processes of internalisation (1942). En: Heimann, 1989.
- _____ (1948), Some notes on the psycho-analytic concept of introjected objects (1949). En: Heimann, 1989.
- _____ (1965), Comment on Dr Kernberg's paper on "Structural derivative of object relationships" (1966). En: Heimann, 1989.
- _____ (1989), *About Children and Children-no-longer* Tavistock-Routledge, Londres.
- LACAN J. (1949), Le stade du miroir comme formation de la fonction du *Je*. En: *Écrits*, Le Seuil éd., París 1966.
- WINNICOTT, D. W. (1967), Mirror-role of the mother and family in child development. En: *Play and Reality*, Tavistock Publications, Londres 1971.

Pedro Boschán (compilador) et al., *Sandor Ferenczi y el Psicoanálisis del Siglo XXI* 1a ed. – Buenos Aires, Letra Viva, 2011 (ISBN 978-950-649-321-9) pp. 171-180.

Volver a Artículos Clínicos
Volver a Newsletter 3